

NÚRIA FERRET CANALE, OV

EL CORAZÓN DEL VIAJE

LA EXPLORACIÓN

Entrar

[Núria Ferret, El corazón del viaje. La exploración \(CPL libri 33\),
Barcelona: CPL 2018](#)



Centre de Pastoral Litúrgica

Diseño de la cubierta: Mercè Solé

Ilustración de la cubierta: Icono de la Trinidad, de Andrej Rublëv

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Nàpols 346, 1 – 08025 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-9165-085-0

Depósito legal: B 1717-2018

Printed in UE

Imprime: Ulzama Digital, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conflicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungió con el perfume.



Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: «Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora». Jesús respondió y le dijo: «Simón, tengo algo que decirte». Él contestó: «Dímelo, Maestro». «Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?». Respondió Simón y dijo: «Supongo que aquel a quien le perdonó más». Y él le dijo: «Has juzgado rectamente». Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungió la cabeza con unguento; ella, en cambio, me ha ungió los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco».

Y a ella le dijo: «Han quedado perdonados tus pecados». Los demás convidados empezaron a decir entre ellos: «¿Quién es este, que hasta perdona pecados?». Pero él dijo a la mujer: «Tu fe te ha salvado, vete en paz». (Lc 7, 36-50)

Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona.

FRANCISCO, *Misericordiae Vultus*, 3

MISERERE

«Miserere» es la primera palabra, en latín, del salmo 50, el más conocido de los salmos penitenciales. Lo rezamos cada semana, como primer salmo de Laudes del viernes: «misericordia, Dios mío, por tu bondad, por tu inmensa compasión borra mi culpa». Aunque se haya atribuido a David, después de su culpa y conversión, no es segura esta paternidad. Lo que sí se puede afirmar que es un salmo que expresa muy bien los sentimientos de humildad y arrepentimiento de todas las personas que, a lo largo de los siglos, se confiesan culpables ante Dios e imploran su misericordia.

J. ALDAZÁBAL, *Vocabulario básico de liturgia*, «Miserere», 239

MISERERE (SALMO 50)

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.
Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.
En la sentencia tendrás razón,
en el juicio resultarás inocente.
Mira, en la culpa nací,
pecador me concibió mi madre.
Te gusta un corazón sincero,
y en mi interior me inculcas sabiduría.
Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
lávame: quedaré más blanco que la nieve.
Hazme oír el gozo y la alegría,
que se alegren los huesos quebrantados.
Aparta de mi pecado tu vista,
borra en mí toda culpa.
Oh Dios, crea en mí un corazón puro,
renuévame por dentro con espíritu firme;
no me arrojes lejos de tu rostro,
no me quites tu santo espíritu.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
afíanzame con espíritu generoso:
enseñaré a los malvados tus caminos,
los pecadores volverán a ti.
Líbrame de la sangre, oh Dios,
Dios, Salvador mío,
y cantará mi lengua tu justicia.
Señor, me abrirás los labios,
y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:
 si te ofreciera un holocausto, no lo querías.
 Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
 un corazón quebrantado y humillado,
 tú no lo desprecias.
 Señor, por tu bondad, favorece a Sión,
 reconstruye las murallas de Jerusalén:
 entonces aceptarás los sacrificios rituales,
 ofrendas y holocaustos,
 sobre tu altar se inmolarán novillos.

ATTENDE, DOMINE

*Attende, Domine, et miserere,
 quia peccavimus tibi.*

Ad te Rex summe, omnium Redemptor,
 oculos nostros sublevamus flentes:
 exaudi, Christe, supplicantum preces.

Dextera Patris, lapis angularis,
 via salutis, ianua caelestis,
 abluere nostri maculas delicti.

Rogamus, Deus, tuam maiestatem:
 auribus sacris gemitus exaudi:
 crimina nostra placidus indulge.

Tibi fatemur crimina admissa:
 contrito corde pandimus occulta:
 tua, Redemptor, pietas ignoscat.

Innocens captus, nec repugnans ductus;
 testibus falsis pro impiis damnatus:
 quos redemisti, tu conserva, Christe.

Canto latino de carácter penitencial utilizado sobre todo durante la Cuaresma



ATIENDE, OH SEÑOR *(en castellano)*

*Atiende, oh Señor, y apiádate,
porque pecamos contra ti.*

A ti Rey supremo, Redentor de todos,
los ojos nuestros llorando elevamos:
escucha, oh Cristo, suplicantes preces.

Oh Diestra del Padre, piedra angular,
vía salvadora, puerta celestial,
lava las manchas de nuestros delitos.

Rogamos, oh Dios, a tu majestad:
tu santo oído presta a los gemidos,
y nuestro crimen perdonar te plazca.

A ti confesamos crimen consentido:
muestra lo oculto el corazón contrito;
¡oh Redentor, que tu piedad perdone!

Inocente, preso, dejas que te lleven;
condenado fuiste con testigos falsos.
¡Conserva, oh Cristo, a quienes redimiste!

DE UNA CATEQUESIS DE SAN JUAN MARÍA VIANNEY

Consideradlo, hijos míos: el tesoro del hombre cristiano no está en la tierra, sino en el cielo. Por esto, nuestro pensamiento debe estar siempre orientado hacia allí donde está nuestro tesoro.

El hombre tiene un hermoso deber y obligación: orar y amar. Si oráis y amáis, habréis hallado la felicidad en este mundo.

La oración no es otra cosa que la unión con Dios. Todo aquel que tiene el corazón puro y unido a Dios experimenta en sí mismo como una suavidad y dulzura que lo embriaga, se siente como rodeado de una luz admirable. En esta íntima unión, Dios y el alma son como dos trozos de cera fundidos en uno solo, que ya nadie puede separar. Es algo muy hermoso esta unión de Dios con su pobre criatura; es una felicidad que supera nuestra comprensión.

Nosotros nos habíamos hecho indignos de orar, pero Dios, por su bondad, nos ha permitido hablar con él. Nuestra oración es el incienso que más le agrada.

Hijos míos, vuestro corazón es pequeño, pero la oración lo dilata y lo hace capaz de amar a Dios. La oración es una degustación anticipada del cielo, hace que una parte del paraíso baje hasta nosotros. Nunca nos deja sin dulzura; es como una miel que se derrama sobre el alma y lo endulza todo. En la oración hecha debidamente, se funden las penas como la nieve ante el sol.

Catequesis sobre la oración (A. MONNIN, *Esprit du Curé d'Ars*, Paris 1899, 87-89)
(Versión de la *Liturgia de las Horas*, Memoria de San Juan M. Vianney, 4 de agosto)